

Editorial

58

¿Celebrar la muerte de un muerto? ¿Y hacerlo cincuenta años más tarde?

Se celebran los nacimientos.

Cuando se celebra una muerte heroica, no es la muerte lo que se celebra, sino el acto heroico que, junto a ella, ha tenido lugar.

Pero la muerte misma no se celebra. No se celebra la muerte de nadie. En quien contraviene tan elemental principio humano no se escucha otra cosa que el mórbido grito de *¡Viva la muerte!*

A los muertos, sean quienes fueren, se les debe honras fúnebres. ¿Será necesario recordar una vez más *Antígona*, esa tragedia que proclama, como el primero de los rituales de toda cultura, el deber de enterrar a los muertos?

Lamentablemente sí. Es necesario recordarla. Es necesario recordar que la muerte heroica de Antígona lo fue, condenada por el tirano Creonte, por haber enterrado, no a su hermano Eteocles, al que el propio Creonte había rendido homenaje fúnebre por haber muerto defendiendo la ciudad de Tebas, sino por hacerlo con su otro hermano, Polinices, quien fuera el enemigo de la ciudad y la atacara coaligado con los argivos. Invocando ese motivo, Creonte prohibió que le fueran concedidas honras fúnebres: su cuerpo debería perma-

necer sobre la tierra para ser despedazado por los perros y devorado por las aves rapaces.

Ciertamente, celebrar la muerte de Franco después de haber procedido a su desentierro es un acto digno de Creonte —recuérdese que Antígona había logrado primero cubrir de tierra el cadáver de Polinices, pero los secuaces de Creonte corrieron a desenterrarlo. Y por cierto que también Creonte, con la desfachatez propia del tirano, acusó a los que reclamaban el necesario sepultamiento de capitalistas, por más que no utilizara esa palabra en aquel tiempo todavía no puesta de moda. Pero él también decía que era sólo el interés por el dinero lo que les movía.

Él, en cambio, apelaba falazmente a los intereses de la ciudad. Pero estos solo encubrían su deseo de perpetuarse en el poder, aún a costa de mantener viva la guerra civil que había enfrentado a Eteocles y Polinices, los hermanos muertos en común combate.

Desenterrar a los muertos, celebrar sus muertes... Hay un concepto psicopatológico para eso: pasión necrófila.



Horacio Silva, pintor

